

Evanescencias poéticas de la calle Junín de Medellín

Junín 1960

JAIME OSORIO GÓMEZ

Universidad Autónoma

Latinoamericana, Unaula, Medellín,

2013, 74 págs, il.

CUANDO NOS acercamos a lugares que no conocimos, como la calle Junín de Medellín a 57 años de distancia, a un millón de años luz de casa, la lectura nos depara un resplandor de la memoria, una sensación de ser pasajeros de un tren fantasma. Somos testigos contemporáneos de un carrusel de luces y sobre todo de sombras tan efímeras como nosotros y, a pesar de todo, en este caso, solo gracias a la fotografía y a la literatura nos es posible habitar otro tiempo y otro espacio.

Junín 1960, que ha pasado casi inadvertido, es una curiosa joya en los campos literario y fotográfico. Su autor, Jairo Osorio Gómez, advierte en el epígrafe y en el prólogo, que desandaré su tiempo hasta su infancia y juventud (de la mano de Borges y de Henry Miller, improbable *marriage*) en los años sesenta, “una época extravagante en el camino céntrico del pueblo que fue Medellín por esos tiempos”. Este libro combina un relato en primera persona con una selección de fotos, y es una tercera escala en un viaje de ida y vuelta de Osorio, que ha venido publicando desde hace 35 años en diversos medios de Medellín (1981/ 2003/ 2013).

La pregunta que anima el viaje de vuelta de Osorio, entre fotos, suspiros y piropos bien podría ser: ¿qué es una calle? o siguiendo de cerca a Georges Perec, ¿qué nos cuenta una calle? Una calle, en esta ocasión la calle Junín, es un deambular espectral que no tiene aparentemente retorno. Al evocar a Henry Miller, Alfred Jarry, Lautréamont, Jean Genet, Albert Camus, el autor nos da una clave secreta de su experiencia con la calle central de su vida. Como recuerda Miller, “caminaba despegado de todo, mis pies inundados del brillo de la tierra”.

Para el niño Osorio, las “caminadas” por Junín eran un túnel hacia

otros mundos. Por una acera va el recorrido hacia los autógrafos de los jugadores argentinos, *los Panzuto, Perazo, Resnik, Carrizo, Centurión*, y hacia los partidos improvisados sobre los taludes de la calle:

nuestro interés de infantes se centraba solo en los hombres foráneos de los equipos locales de fútbol y en los dos o tres lugares en donde solían reunirse los viernes en la tarde, o los sábados en la mañana, previo al partido del domingo: el famoso salón de té Versailles –del bonaerense y buenazo de don Leonardo Nieto–, el Hotel Normandie –en Maracaibo, contiguo al teatro Ópera– y residencias Bristol, en Maturín.

Por la otra acera van las primeras miradas y “tocadas” a las púberes muchachas en flor y el descubrimiento de otras diversiones menos pueblerinas: “el desfile de un circo, las maravillas de sus bailarinas, de los malabaristas y los animales, de sus enanos monstruosos”.

Cada escala del camino de Osorio nos sumerge en las sombras: “El teatro Junín, en el que gocé la película hindú que transcurría en una lonja idéntica a la carrera 49”. El pasaje de la infancia a la adolescencia transcurre por la línea del horizonte que parte en dos la vida: el descubrimiento del sexo, del placer carnal, en la Medellín de aquellos tiempos, empolvada de vergüenza y pudor, al cruzar por los cafetines que daban acceso a las casas de citas: “el antioqueño siempre ha estado marcado por ese rito prostibulario”. *Grilles*, casas de citas, bares, cafés, librerías, pasajes, teatros como el Astor, el Donald, el Metropól, el Versailles: “Para nosotros, la carrera 49 fue siempre un batiburrllo de venteros árabes, feliz y mágico”.

Todo marcado por murmullos de *grilles* tangueros y mansiones de mecenas afeminados como la *Marquesa de Yolombó*. Así como en Buenos Aires se hablaba de Boedo y Florida, en Medellín hubo un Junín grande y un Junín chiquito, según lo leemos en la fundación mítica de Medellín que elabora poéticamente Osorio:

El paseo nos duró casi una década. La infancia se fue, literalmente, y en ambos sentidos –de la carrera Junín y del estado de inocencia e irresponsabilidad.

Los sesenta también marcan la emergencia de jóvenes contestatarios que en Medellín se llamaron nadaístas, quienes “quemaron en una enorme pira pública los libros de autores clásicos que los párrocos les enseñaron”. Gonzalo Arango, X 504, Mario Rivero bebían en las canteras de *El tetero*. Osorio nos narra las jornadas circulares de *Los nada*, nadaístas, y de los jóvenes revolucionarios que navegaban entre la bruma de la tradicional Medellín:

hacían la siesta oyendo a Juliette Greco y el jazz inconfundible de Duke Ellington (...) después llegaban los prosélitos del MRL, los camilistas, los del MOIR, los de la juventud comunista, a diseñar en las mismas mesas del Versailles la revolución que nunca se pudo realizar.

En este punto, llegamos a otros refugios. Las librerías como La Aguirre, de nadaístas, y La Continental, de músicos foráneos; los cafés y bares más modernos, como El Metropól y El Miami, con coperas famosas, entre ellas, *La venezolana*, especie de iniciadora, como Lupe en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Estos lugares convivían con los *grilles* más clandestinos como *El Atlántico* o *El guayaco* (especie de “cueva”) que, como lo recuerda Osorio, sobrevivieron en la novela de Manuel Mejía Vallejo, *Aire de tango*.

Osorio nos ha legado un verbo mágico, sonoro, evanescente:

juninear: pararse en las esquinas de la carrera principal de Medellín con la intención de expresar piropos inofensivos; cruzar una avenida con igual propósito.

La mítica, descampada, barroca calle Junín fue desapareciendo a lo largo de los años setenta, y dejando atrás la infancia y la vida de Osorio y de todas las putas, futbolistas argentinos y los bohemios que la habitaron desesperadamente a la manera de Henry Miller. Como decíamos al inicio, este no es un libro cualquiera, no es un compendio de anécdotas pintorescas o de curiosidades personales: es un retrato poético de la inmersión en una calle memorable e inolvidable, incluso para quienes no la conocimos: todo ha quedado entero a través de la

literatura:

Los negociantes, la novela que Manuel Mejía Vallejo escribió sobre las mesas del Versalles; la orden de captura contra Alberto Aguirre, por editor y traductor pornógrafo de Henry Miller; la visita de Jorge Luis Borges al salón de té de Leonardo Nieto; aquellas fiestas de las flores salvajemente atacadas en el Parque de Bolívar, por los posesos sexuales de la ciudad (...).

Podemos decir que la calle Junín sobrevivió a su propia muerte gracias a este libro de Jairo Osorio:

lo que vino después, años lejanos, fue la nostalgia de la infancia, el recuerdo de ese camino recorrido, largo y ajeno, que más parecía un camellón japonés repleto de turistas occidentales.

Alberto Bejarano

Posdata: leer este libro de la mano de *Todo pasa*, de Alfonso Morales (Editorial RM, México, 2013).